

UN TEOSOFO ESCRIBE A UNAMUNO

Entre la abundante correspondencia recibida por Unamuno que se conserva en el archivo de la Casa-Museo que lleva su nombre en Salamanca, nos sorprenden las piezas más variopintas: Desde cartas de jovencitas de la buena sociedad bonaerense que le piden una postal con su firma hasta las de personas angustiadas que le piden ayuda en algún proceso; misivas de recomendación para algún estudiante universitario o el anuncio del envío por tren de un par de pollos de regalo, regalo de admirador. No faltan adhesiones, pésames, felicitaciones y, sobre todo, comentarios de su obra escrita, sea de algún nuevo libro, sea de algún artículo volandero de periódico.

Entre esas cartas hemos hallado las de un teósofo; al menos se presenta como tal. Ninguna información hemos podido obtener acerca de su persona fuera de la que se deduce de las cartas mismas. Vivía en Bilbao, era un dependiente de los Seguros La Polar e hijo de francés y así lo denota su apellido Fermaud. Consta que leía libros esotéricos de la India y a Spencer, así como la revista teosófica española «Sophia». Algo más debía leer a juzgar por las ideas que explaya en sus cartas. Se autocalifica de poco sociable, se siente extraño entre los demás, es amigo de la soledad y de ir al monte con algún libro bajo el brazo, huye de la gente. Probablemente era hombre de convicciones muy firmes y ellas le apartaban de la vulgaridad de los mortales. Conocía al amigo bilbaíno de Unamuno, Eguileor. Amaba hablar con Dios y con la naturaleza, su obra, y era enemigo de honores y publicidad. Es todo lo que de él podemos decir.

* * *

El punto de arranque de su primera carta, del 2 de noviembre de 1905, es la lectura de dos obras de Unamuno: «En torno al casticismo y Vida de Don Quijote y Sancho». En la primera le han llamado la atención «las páginas tan desconsoladoras sobre el marasmo de España»; en la segunda las «proféticas consideraciones» que hace sobre la característica devoción española a la Inmaculada. Ello le empuja a tratar sobre los elementos del estado de alma, colectivo o individual, formado por capas acumuladas, elementos que están sometidos al

factor tiempo. Diserta sobre los factores externos que caen y forjan tales estados de alma colectivos, analizando los efectos del descubrimiento de América, de la guerra franco-prusiana sobre el espíritu francés, y de la ruso-japonesa sobre Rusia. El teósofo en cuestión se extiende en la clasificación de los acontecimientos históricos, positivos y negativos, y en las oportunidades históricas de desarrollo individual y colectivo, con curiosas sugerencias sobre la transformación de la Inmaculada, de dogma en símbolo. Siguen algunas consideraciones que pertenecen en alguna manera a la caracteriología etnológica, y a propósito de España y su raza (j) destaca el espíritu jurídico y aporta interesantes ideas sobre el feminismo y su retraso en España. El intelectualismo racional predominante en otros países ha de ir gradualmente avanzando, dejando intacta la vida intra-histórica de España. El valor estimulante de los escritos del Rector salmantino incitó a Fermaud —así se apellida el teósofo— a comunicarse con Unamuno, sin esperar alabanzas ni respuesta. Concluye diciendo: «Estoy satisfecho con haber hablado a quien pueda entenderme, cosa que en Bilbao no puedo hacer» (*Carta 1*).

* * *

Unamuno debió contestarle según se deduce de la Carta 2ª del 21 de noviembre del mismo año, y esto provocó el agradecimiento entusiasta de Fermaud, quien llamará a boca llena «Maestro» a Unamuno, elogiando su sabiduría y su valentía: «En Ud. no sé qué más admirar: si la honda sabiduría y poder de exposición, o el sublime valor que le mueve hacia el apostolado, siguiendo, si bien sea de una forma más moderada, huellas tan escabrosas como las de San Pablo y Cristo mismo». Unamuno debió confiarle el sentido de misión que daba a su tarea, y Fermaud reconoce la sublimidad de la misma, instándole al sacrificio de sí mismo y fe en la humanidad y a cierto grado de espíritu compasivo y abnegado. Una misión así entendida y que venza amor propio, desgarramientos y desengaños, es «verdadera escuela de perfección» y vale más que fundar sistemas filosóficos.

Hay un tema central en esta carta en que es palpable la simpatía entre Unamuno y su corresponsal: el valor del sentimiento. Fermaud hace el gran elogio del sentimiento y menciona algún artículo suyo editado en la revista teosófica «Sophia» de Madrid, que inicialmente era una carta escrita a un amigo. Fermaud subraya la similitud entre el fondo del pensamiento de Unamuno y el fondo esotérico de la Teosofía moderna y hasta le pregunta si conoce tal movimiento o trabaja paralelamente sin saber de él. En la segunda hipótesis, se lanza a informarle sobre la Teosofía moderna, a la que considera «el vehículo más perfecto del *revival* de misticismo que se abre paso en toda la humanidad moderna». Por él sabemos que en España se había creado con dificultad un centro, con poquísimos adheridos en Madrid y Barcelona, y uno sólo en Bilbao: el propio Fermaud. Dado que España se mostraba reacia e irresponsiva (*sic*), propone a Unamuno ser el heraldo libre e independiente, extraorganizativo, «a lo caballero andante», y a título bien merecido de «renovador místico». Cierra la carta con algunas interesantes pinceladas autobiográficas (*Carta 2*).

Esta carta 2 parece llevar un anejo separado que lleva por título «Alma individual y personalidad». ¿Puede tener que ver o ser una copia de esa carta, publica-

da en forma de artículo en la revista teosófica «Sophia»? El argumento de lo publicado es enunciado en la citada carta 2 como «Dios cautivo y crucificado en la materia, y de la necesidad de libertarlo por el desarrollo de la conciencia». El anejo «Alma individual y personalidad» presenta la forma de un diálogo entre *Ind* y *Pers*, esto es la representación de *Individuo* o Alma individual y *personalidad*, confrontadas dialécticamente; parecen encarnación de un dualismo ontológico y psicológico, en que el segundo significa las fuerzas de resistencia y el primero los dinamismos liberadores de la misma. El anhelo a lo divino y la apertura y amor al prójimo figuran como vectores de la existencia, refrenados en su impulso por tropiezos y dificultades, por tradiciones y mezquinos convencionalismos, por ilusiones, mentiras e injustas críticas. El antagonismo se resuelve en dualismo sólo apariencial y en la necesidad de coexistencia y ayuda mutua en favor del progreso individual. Son dos páginas interesantes cuyo efecto sobre Unamuno desconocemos.

* * *

Tres años y medio transcurren hasta la cronológicamente tercera carta conservada en el archivo. Su inicio no deja suponer tan gran lapso de tiempo en silencio, ya que para nada alude a tal incomunicación y comienza felicitando a Unamuno por su éxito escénico en Las Palmas —estreno de *La esfinge* (1909)— y aludiendo al inmediato viaje a América, que se anunció pero no cumplió por parte del Rector salmantino. Un artículo de Unamuno publicado en «El Faro» indujo a Fermaud a explicitar más sus ideas. Es una larguísima carta que arranca con la convicción, compartida también por Unamuno, sobre la preocupación primordial del Hombre: «Yo, que como Ud. siento y como a Vd. me parece inconcebible que la mayor preocupación de los hombres no sea la de su propia existencia». Como luz y guía de tal preocupación, uno y otro coinciden en que ha de ser la relación constante de lo finito a lo infinito en actos y pensamientos. Comparten Fermaud y Unamuno anhelos e indignación. Mas, el primero piensa que se apartan en sus conclusiones y sobre éstas trata de aclarar el fruto de sus meditaciones.

Fermaud acepta gustoso el símbolo de la mística cristiana que interpreta el progreso del alma como una lucha. Mas en lugar de rebelarse contra el estado de las cosas, tiende a aceptarlo de modo algo fatalista, como algo determinado dentro de cierto marco. «Todo es simbólico —escribe Fermaud— en el mundo fenoménico: la materia es símbolo del espíritu; la substancia, de la esencia; toda unidad orgánica, de una posibilidad funcional; el hombre, del Universo; el microcosmos, del macrocosmos». En el microcosmos que es el hombre, rigen tres facultades constitutivas de su alma: emoción, intelecto, voluntad, que corresponden en lo social a los tres poderes legislativo, judicial, ejecutivo. El equilibrio de los tres elementos, en el individuo o en la sociedad, es necesario para que la acción sea sana. Tales fuerzas tienen a polarizarse. Tras un análisis de la presencia de los tres elementos en el hombre, da un salto para analizar su dominio en el alma occidental, y más en concreto en España.

En ésta dominó la fuerza emotiva, y gastó sus energías en la búsqueda de la unidad de la fe; en Inglaterra dominó la voluntad y el triunfo en el terreno práctico, mientras en Francia dominó la razón lógica. El contraste Norte-Sur, Centro-

zonas periféricas, los traspasa y aplica al caso de España: emoción (Sur), voluntad (Castilla), razón (zonas comerciales de la costa, esencialmente anti utópicas). La hipótesis es expresada con exposición interesante. Más tarde se explaya hablando de la variedad de acontecimientos en la historia de la Humanidad y de la perduración del método; presenta la alternancia de periodos históricos, caracterizados como desenvolvimiento, renacimiento, expansión orgánica, retraimiento-confianza, con variadas frecuencias. Hay oscilaciones más limitadas, o extensas y que afectan a grandes unidades (Oriente-Occidente), y toda oscilación encarna siempre un dualismo. Fermaud salpica su exposición con análisis de la Edad Media, del Cristianismo con sus orígenes y evolución, del Estado español con su tendencia a la desmembración. Se plantea igualmente la aceptación, pasiva o no, del destino, y los deberes de la acción y de la irradiación sobre los demás.

A este respecto desplegará una metáfora, halagadora para Unamuno: «La acción siempre es un deber, y el que ve, debe guiar a los demás. Hay además un fondo de claridad ya adquirido para siempre que la Humanidad no debe perder y que ciertos espíritus, revelados a sí mismos como pastores, velan para que no se extinga mientras dura el sueño del rebaño. El fuego que ha dejado de desprender llama viva, permanece como brasero y suele dar chispazos y llamaradas esperando nuevo alimento. Y esos chispazos se llamaron en un principio Francisco de Asís y Teresa de Jesús, y se llaman hoy día Tolstoi en Rusia, Emerson y W. James en América, Unamuno en España». Por ley de compensaciones, al Cristianismo dinámico y expansivo de la primera época sucede el del resquebrajamiento de instituciones y envejecimiento del organismo, conservadurismo, que ha de ceder el paso a elementos innovadores que asoman, «corriente oscura de conciencia popular». De Oriente se espera la solución de los grandes problemas de la vida y del letargo de Occidente, ameno por los «juguetes de la ciencia» (automóviles, aeroplanos, etc...); una vez despertado, puede esperarse nuevo progreso. «No hay mal absoluto, ni sombra absoluta: el mal es un grado menor del bien, la sombra un grado menor de luz, y la marcha de la conciencia hacia el conocimiento absoluto es la liberación gradual de la sombra y la visión de mayor grado de luz».

En esta visión esperanzadora de Fermaud, centrada sobre la Conciencia, juegan la Manifestación y la Potencialidad, juego que expresa en un esquema con pretensión de metafísico en el que interfieren la Unidad de vida (como, potencialidad de fuerza, conocimiento, movimiento), polarizados como condiciones de conocimiento en Tiempo y Espacio, Bien y Mal, Acción y Reacción, y dan lugar al conocimiento en función de la sensación reflexión, voluntad.

La ley fatal o determinista para la Humanidad, no lo es en igual manera para el individuo. «En tiempos de decadencia hay hombres grandes». Tolstoi es un liberador del individuo. Unamuno es otro, sobre quien Fermaud lanza afirmaciones proféticas:

«Por cuanto a Vd. se refiere, digo y afirmo que su obra sobre D. Quijote quedará, pues frente a todas las críticas literarias que se han hecho del libro de Cervantes y de las que no quedará gran cosa, su crítica es obra original y fuerte que toma por base el sentido religioso y profundo de la vida, única base sana y duradera, porque es de todos los tiempos y se

dirige a todos los hombres. A no considerar otra cosa, bastará con extraer unas cuantas frases como éstas:

- No es la inteligencia sino la Voluntad la que nos hace el mundo: *Nihil cognitum quin prevolitum*.
- La vida es el criterio de la verdad y no la concordancia lógica, que lo es sólo de la razón.
- La verdad no es relación lógica del mundo aparential a la razón aparential también, sino que es penetración íntima del mundo sustancial en la corriente sustancial también.
- La verdad no es el reflejo del universo en la mente, sino su asiento en el corazón.
- La verdad es lo que hace vivir, no lo que hace pensar.

«Semejantes frases debieran colocarse, en las paredes de las escuelas para que, aprendidas de memoria, sirvieran más tarde de meditación a los niños hechos hombres».

Por fin, expone en la carta los remedios para la época de tibieza y en que la vida carece de intensidad. Fermaud elogia la coherencia de Unamuno al que acusan de incoherente los que «no son peregrinos del Infinito». Y espera que despierte la Voluntad en España, «país de fe muerta», para regenerar el sentimiento de caridad. Son sabrosos los párrafos en que habla de la voluntad y del amor, — algún esbozo del anunciado «Tratado del Amor de Dios» debió mandarle Unamuno—, de la compasión, concepto budista, de la dificultad occidental para comprender la compasión y el amor, y de las vías de acceso para comprender el concepto del Amor de Dios: la vía experimental, y la vía metafísica.

* * *

Tres semanas después de esta larga y densa carta se produce la siguiente, a raíz de una conferencia de María de Maeztu en la Sociedad «El Sitio» acerca de las escuelas inglesas¹. El discurso fue inmejorable y no regatea admiración Fermaud por la joven Maestra a punto de terminar su carrera de Filosofía y Letras. María de Maeztu había estado en Inglaterra, consta que visitó el *Oxford Garden* y asistió en Londres al Congreso sobre educación, como miembro de la delegación enviada por la Junta para ampliación de estudios. El entusiasmo que trajo de aquella experiencia se refleja en su trabajo «La pedagogía en Londres y las escuelas de párvulos», editado por la misma Junta en sus *Anales I* (1909) 287-315. El trabajo aparece fechado en Bilbao el 23 de enero de 1909, es decir, dos meses antes que la conferencia citada. De la carta de Fermaud se deduce que el afán reformador e incitante de María de Maeztu quiso disipar la hipótesis de una especie de determinismo racial en el caso inglés: «Inglaterra no era antes lo que es hoy»; también quería contrarrestar la idea de Costa acerca de la inercia y rigi-

1 María de Maeztu había nacido en Vitoria el 18 de julio de 1881, era ya Maestra y estaba terminando la carrera de Filosofía y Letras con extraordinarias calificaciones. Contaba cuando dio la conferencia 27 años y había conocido de cerca la escuela inglesa. Cr. Isabel Pérez-Villanueva Tovar, *Una mujer en el reformismo educativo español*, Universidad Nacional de Educación a Distancia (Madrid 1989) pp. 11-22, 44-6, 51-7. Su correspondencia con Unamuno ha sido publicada por L. Robles en estos mismos *Cuadernos salmantinos de Filosofía* 17 (1990) pp. 574-91.

dez de los españoles, para abrir la posibilidad de una transformación mediante la educación.

A este punto de vista Fermaud opone algunas consideraciones penetrantes, desechando la superioridad de raza, pero afirmando la superioridad histórica en determinados momentos, de los pueblos: siglos XV-XVI (España); XVII-XVII (Francia); XIX-XX (Inglaterra). Se extiende en observaciones sobre el alma nortea y meridional y confirma haber observado niños ingleses en Lourdes y en Bilbao, contraponiéndolos a los españoles. Son muy pertinentes sus análisis de la escuela, los artistas, la historia, en los tres países europeos citados. Las energías suscitadas por la emoción son más abundantes en España, pero caóticas, y necesitan enfocarse con fuerza para dar resultados armónicos. Fermaud analiza la historia diversificada de los países y los momentos históricos de las sucesivas superioridades raciales, e insiste, de cara a la educación, en la necesidad de no perder de vista las leyes del desarrollo relativo en el tiempo según las potencialidades de cada raza. Imponer formas extrañas al español del momento es un anacronismo irrealista. Y apuntando al sistema deseable o preferible, añadirá que si el ideal de la escuela inglesa es un jardín, el de la española había de ser un templo: mientras en aquél la luz de la conciencia emerge del contacto con la naturaleza exterior, en éste, donde la naturaleza evoca sensualismo, tal vez sólo puede brotar «del roce del alma consigo misma, de la lucha contra las pasiones, de la continua tensión de la voluntad». Y concluye con este párrafo, resignado y esperanzado, reclamando paciencia:

«Y ya que en ésta nuestra raza no brotan los ideales de la acción pacífica que sólo tiende a dividirnos y fragmentarnos, fuerza le es a la conciencia colectiva que obra por instinto aferrarse al ideal clásico antiguo; pero ocurre que frente a este ideal insuficiente, la conciencia también se fragmenta y se divide; y ¿quién es capaz de imaginar un método único, nacional, para una conciencia dividida que, cansada de no poder encontrarse, ha perdido hasta la voluntad de buscarse a sí misma? ¿De dónde saldrá el apóstol que pide María de Maeztu?

Amor y luz, sí; fe en el porvenir que no puede fallar jamás; pero paciencia, y al tiempo lo que es de él».

Un diagrama complementario se añade a la carta que baraja los conceptos de decadencia de Occidente y resurrección del Oriente, con el Pacífico como línea divisoria entre las dos corrientes. El Occidente está agotado, se asiste a la crisis del mundo cristiano. Tal convicción la reboza con extrañas menciones de perihelio, solsticios y equinocios, mitos solares, en una abigarrada concepción teosófica.

* * *

En marzo de 1909 dirige Fermaud su tercera y última exposición a Unamuno, para completar sus comunicaciones anteriores. Son lucubraciones sobre el Infinito Unidad -positivo y negativo-, los conceptos de tiempo y de conciencia, de movimiento (acción-reacción), potencias del alma con impulsos y resistencia, grandes líneas de evolución histórica, organismo político, influencias entre países, etc. Esto último le hace esperar en el porvenir. El corazón peninsular ya no late, pero se apuntan esporádicamente signos de regeneración en la periferia.

«Hoy se puede hablar de evolución de Bilbao, de la evolución de Barcelona, pero la evolución de España es una palabra vacía y sin sentido».

No estamos en grado de precisar la fidelidad de Ferraud al teosofismo originario de Blavatska o Annie Besant². En él aparecen ciertamente las características de fondo del pensamiento teosófico: el comparativismo religioso unido a un espíritu de sincretismo, de eclecticismo, de panteísmo, el ahondamiento en leyes de naturaleza y psicológicas, el sentido de fraternidad universal y de la Humanidad, la primacía de la autoconciencia, etc. Tampoco vamos a intentar enmarcarlo en las corrientes teosóficas hispanas de comienzos de siglo, que dieron lugar a la citada revista *Sophia* como también a las tituladas *La Aurora* y *Hesperia*, en Madrid, o *El loto blanco*, en Barcelona³.

Simplemente hemos querido registrar el eco de Unamuno en un lector singular, la corriente de simpatía y discrepancia entre ambos, y el modo de pensar de un teósofo concreto con sus modalidades específicas y con los frutos de sus largas y hondas meditaciones. Distante de la generación de los del llamado 98, es un testigo de una España decrepita, abierto a la esperanza. No disponemos de las respuestas de Unamuno, que serían especialmente interesantes en su cotejo con la exposición de su admirador. Es probable que no despreciase las consideraciones interesantes, frutos de análisis, observación y de altísimos esquemas. Aunque nos acecha la tentación de pensar que, acaso como Indalecio Prieto tras la experiencia de una tenida masónica, dijera —tal frase se le atribuye—: «Prefiero una Misa de tres capas (j). A pesar de todas las posibles coincidencias, Unamuno era infinitamente más cristiano que su corresponsal.

J. IGNACIO TELLECHEA IDÍGORAS
UNIVERSIDAD PONTIFICIA. SALAMANCA

2 Cfr. Pawel Siwek, *Herejías y supersticiones de hoy*, Herder (Barcelona 1965), pp. 185-269, con bibliografía pertinente; E. Ugarte de Ercilla, *La clave de la Teosofía, Razón y fe* 55 (1919) 428-42; 56 (1920) 423-36; 57 (1920) 164-80, 433-46; 58 (1920) 340-9.

3 Cfr. art. «Tesosofía» en la enciclopedia GER XXII, 290-2, suscrito por J. Berrio; y «Sociedades Teosóficas españolas», ib. XXII, 292-4, firmado por J. Roger Rivière. Tusquets es autor del libro *El Teosofismo* (Barcelona 1959), 260 pp. No he podido consultar las obras de M. Böhler, *La théosophie au XX^e siècle* (Paris 1948), y R. Guénon, *Le théosophisme. Histoire d'une pseudo-religion* (Paris 1921).

1

La Polar Sociedad Anónima de Seguros
Capital Social 100.000.000 de Pesetas
Dirección y Administración Central

Bilbao, 2 de Novbre. de 1905

Señor D. Miguel de Unamuno

Salamanca

Muy Señor mío:

Al leer las páginas tan desconsoladoras sobre el marasmo actual de España en su libro «En Torno al Casticismo», y luego aquellas proféticas consideraciones que le sugiere en la última parte de su libro «Vida de D. Quijote» la característica devoción de este país hacia la Inmaculada Concepción, se me ocurre lo siguiente:

En la vida intra-histórica de una nación como en la vida subconsciente de un individuo hay un elemento extensivo de obra en el espacio que es el estado de alma ya alcanzado en capas acumuladas anteriormente, y un elemento de tiempo que como depende de las circunstancias exteriores del acontecimiento, está expuesto a idas y venidas según cierta condición de oportunidad que el hombre no puede determinar, sino que obra como providencialmente.

Todos tenemos una facultad de desarrollo anímico que es potencial y sólo espera una circunstancia exterior determinante para tomar forma y obrar; así las naciones bajo el impulso de circunstancias favorables derraman hoy su influencia hacia fuera, y mañana vuelven a encauzarse dejando el puesto a otras más idóneas para interpretar los acontecimientos según el grado actual de progreso que requiere la humanidad en su evolución de conjunto.

Y como ejemplos de lo determinante que suele ser el acontecimiento para el desarrollo del alma nacional, se puede citar el impulso nuevo e inesperado que dio a España el descubrimiento de las Américas, desviándola por un tiempo de su verdadero espíritu territorial, la guerra franco-alemana de 1870-71, que desengañando a Francia de su política de imperialismo agresivo, la hizo rehacerse gracias a su genuino espíritu de patriotismo defensivo que según Angel Ganivet es el suyo propio; y el ejemplo actual de Rusia cuyas energías mantenidas latentes bajo el despotismo autocrítico, no parece sino que han conseguido ya romper el cerco tomando vuelo hacia nuevos destinos, y esto sólo gracias a la guerra Ruso-Japonesa. Es verdad que el acontecimiento no deja de ser siempre consecuencia de causas anteriores pero se puede llamar providencial en cuanto que nunca es esperado por los verdaderos actores, para quienes suele ser a modo de un latigazo que les despierta a la realidad y les echa al campo a la conquista de nuevos ideales apenas vislumbrados antes.

Y así como hay acontecimiento positivo, lo hay también negativo. Así como el primero despierta energías dormidas y las hace productoras de un orden nuevo, así también el segundo, no menos providencial que el otro, mantiene dormidas las energías antiguas, haciendo a una nación como por un proceso anestésico insensible, irresponsiva a los estímulos de fuera. Este es un período de obscuración, como de digestión del pasado y de incubación del porvenir. En

los misteriosos procedimientos del Universo, quién pudiera definir exactamente la parte asignada a la sombra. Sombras interplanetarias en el Espacio sin fin, sombras de la noche que suceden a un día y preparan otro en la eterna marcha del tiempo, sombras que invaden al alma combatiente antes de todo nuevo ascenso, quién sabe por qué en la evolución hacia la luz, es preciso que haya previa gestación en las tinieblas. Aparentemente toda estancia en la sombra es un trabajo de diferenciación y reconstitución atómica para llegar a la formación de una nueva unidad. La caída del hombre en la materia no es sino una diferenciación de la unidad divina por medio de la multiplicación de las manifestaciones materiales, y en el reascenso hacia la Unidad por medio de la Voluntad consciente o del Amor libre consiste la Evolución de la humanidad. La materia, bien sea manifestada o en potencia, es la sombra del espíritu y éste es luz. En tales períodos de sombra pierde el espíritu su claridad, y a medida que todo se materializa, se pierde el sentido espiritual, claro, trascendental de las cosas y todo se interpreta por la letra muerta, muerta sí, pero en su pétreo inmovilidad conservadora del alma antigua.

En tal período es cuando con más activo trabajo se van depositando los sedimentos llamados a engrosar la Capa intra-histórica del alma nacional cuyo aumento, al momento de despertarse a nueva vida, se traducirá por un nuevo estado de conciencia colectiva más desarrollada que el anterior, el que al momento oportuno reponderá con nuevos bríos a los estímulos del acontecimiento exterior, y una vez más será llamado a imprimir su sello en la civilización del mundo.

Todo individuo es útil a la humanidad y toda nación tiene un alma particular que se elabora progresivamente y contribuye al desarrollo del alma humana total. Pero cada una de esas almas particulares necesitan para su desarrollo condiciones de oportunidad diferentes, y suelen ser llamadas a la luz cuando su acción puede ejercerse con madurez y ser útil a las demás. El pueblo hebreo, fiel guardián y tenaz conservador del monoteísmo mosaico y del casto espíritu profético de donde había de salir el cristianismo, tuvo que pasar por las sombras del Cautiverio para exaltar y enardecer su casticismo, librándose así quizá de la mezcla de razas que sufrió la tribu de Israel y por la que ésta perdió el espíritu de raza y el alma nacional. Así España está guardando ahora, en su cautiverio espiritual, el tesoro de casticismo antiguo que tiene que ir caracterizándose en la sombra de toda mezcla extranjera, para que a su tiempo debido produzca todo su efecto al entregar su sagrado depósito a la humanidad futura; y a modo de aquellos pueblos remotos que, tardan en adoptar las innovaciones o por ocasional imposibilidad, han pasado del alumbrado de petróleo al de electricidad, prescindiendo en absoluto del gas intermediario, dejará España de contaminarse al contacto del intelectualismo moderno actual que acaso desviara en perjuicio de su acción futura la corriente espiritual que se elabora en las sombras de su actual inconsciencia.

¿Y qué corriente es ésta? Vd. mismo me la ha revelado al hablar de la Inmaculada Concepción, hoy adoptada por instinto bajo la forma de un dogma ortodoxo, y que en el porvenir se transformará en símbolo de vida y fórmula de instituciones nuevas que el alma española contiene ya en potencia.

Vibra de profetismo toda aquella admirable página en la que habla Vd. de la concepción andromórfica de Dios que resultó del mosaísmo y rige todavía

nuestras sociedades modernas, y de la lenta elaboración que encamina la nación española hacia la nueva concepción de la Divinidad bajo el símbolo de la Virgen Madre, para quien toda justicia es perdón y toda ley amor. La doctrina emana de Jesucristo, pero desvirtuada por la ortodoxia dogmática nacida de las luchas medievales, tiene que renacer bajo nuevo símbolo, y por eso España tiene que ser ante todo una nación cristiana.

Entre otras señales que nos ofrece la raza en dicho sentido, puede notarse desde luego el espíritu jurídico tan característico que define Ganivet, por el que con el mismo empeño que se pone para conseguir una justicia absoluta, se absuelve al reo tan pronto como éste se halla caído. Y es que todo ideal absoluto trasciende de las limitaciones de la razón, facultad limitadora por excelencia, y éstas son las que esencialmente se derivan del concepto masculino de Dios y caracterizan todas las instituciones modernas. Jehovah no supone instinto bueno en los hombres y su Decálogo es todo de limitaciones y se formula negativamente: «No harás esto ni aquello». Así en nuestras sociedades modernas el que no obra el mal es tenido por bueno. Más alto es el concepto de la Virgen Madre que presupone la bondad fundamental en el alma humana y trata de dirigirla y encauzarla suavemente hacia el bien por el desarrollo no ya de la razón, una madre no siempre es razonable, sino de la voluntad, del Amor, de la Conciencia Espiritual. El padre instruye a su hijo apelando al cerebro, a la inteligencia, y señalándole las limitaciones que impone a la conducta la sana razón, las dificultades y castigo con que tropieza el que delinque. La madre ignora los tropiezos de la vida exterior, su reino es el hogar y en el santo hogar del alma de sus hijos sólo apela al corazón, a la conciencia. Una madre nunca supone que sus hijos sean malos de raíz, y si no le basta con la eterna esperanza y el amor inagotable, llega hasta el sacrificio. ¡Sacrificio del amante a favor del amado! Esta es la suprema afirmación que afirma el bien hasta en el seno de la muerte, la afirmación del héroe que muere por su ideal, de Cristo que muere en la cruz para apoyar el hecho de la redención de todos los hombres. Esta es la ley de justicia positiva que no cierra las puertas de la vida al alma débil y extraviada, que no excluye a nadie de la Evolución. Compárese el primer artículo del Decálogo: «No adorarás a ningún otro Dios que no sea Dios tu señor». (Dent. 5,7) con el primer mandamiento de la ley expresada por Jesús: «Amarás a Dios de todo corazón, de toda tu alma, y de todas tus fuerzas». (Marcos, XII, 30).

Otra señal de raza digna de mención se halla en problema moderno del feminismo. En ningún país se repercute menos que en España esa cuestión de la emancipación de la mujer, y mientras vemos que en todos los demás existe la tendencia, que poco a poco de las costumbres pasa a la legislación, hacia la concesión de iguales derechos a la mujer que al hombre, por lo contrario aquí la mujer queda refractaria a toda preocupación de la vida pública y se mantiene fiel guardiana de las tradiciones familiares; su papel es hoy, como fue ayer, enseñar a sus hijos a amar a Dios y a honrar a sus padres. Y esta inmovilidad viene a corroborar lo dicho antes de que tiene España que conservar celosamente el tesoro de su casticismo tradicional en vía de reconstitución en la sombra para transmitirlo a la humanidad futura, ya constituido sobre bases puras de toda contaminación externa, pues como hemos visto esta reconstitución se elabora a la luz de una concepción nueva femenina, amorosa de la Divinidad,

mientras que el movimiento feminista extranjero es hijo del intelectualismo, nacido de las luchas para conseguir una nivelación egoísta, y guiado por el desarrollo lógico de principios racionales. No le guía el sentimiento, sino el cálculo; no le guía el amor, sino con frecuencia el odio, y lucha para franquearse de sus propias limitaciones imponiéndolas nuevas a los demás. Y así se llega al apogeo del ideal democrático moderno por el que el alcance de la perfecta igualdad política para todos en general limita de tal modo la libertad de cada uno en particular que en los países más democráticos es donde menos libre se siente uno.

En resumen, esta evolución que siguen los demás países por el camino del intelectualismo racional es necesario para la humanidad que tiene que proceder gradualmente, y mientras modifica profundamente el alma de los demás, no hiere a España sino en la superficie, dejando intacta su vida intra-histórica. Visiblemente no es ése el camino señalado por el destino a España que, recogiendo fuerzas mientras tanto, saldrá un día de su retiro, cuando su hora habrá llegado, y asombrará al mundo por un nuevo apostolado de luz.

Perdóneme la libertad que me he tomado de escribirle; la culpa la tienen sus escritos que son bien propios para mover el pensamiento.

¡Ojalá tuviera Vd. muchos lectores! Sé que es Vd. un trabajador infatigable y he pensado que la comunicación del pensamiento ajeno no le sería cosa molesta, y acaso encontrara Vd. en ello una parcela de utilidad.

On a souvent besoin d'un plus petit que toi.

Por lo demás no pretendo ni solicito una alabanza ni una contestación siquiera, a no ser que le mueva a ello el propio impulso. Soy un modesto dependiente de La Polar, francés por el padre, español por la madre, y soy por temperamento opuesto a honores, publicidad et alia hujusmodi.

Baste con esto para darle a entender que en el fondo no creo haberle dicho gran cosa, pero como de la abundancia del corazón habla la boca, estoy satisfecho con haber hablado a quien pueda entenderme, cosa que en Bilbao no puedo hacer. Y estoy harto pagado con que Vd. me haya leído con paciencia.

Quedo de V. afecto S.S. y sincero admirador

Julio Fermaud

Señas: Julio Fermaud, Polar incendios, Bilbao

Archivo de la Casa-Museo Unamuno, F 1, 39 n.1.

2

La Polar Sociedad Anónima de Seguros
Capital Social 100.000.000 de Pesetas
Dirección y Administración Central

Bilbao, 21 de Novbre. de 1905

Señor D. Miguel de Unamuno

Querido maestro:

No me cabe mayor agradecimiento sino el darle a Vd. este nombre por el que a las clara confieso y reconozco la sublimidad de la misión que Vd. se ha impuesto y que deseo con todo mi alma ver prosperar. Cuanto Vd. me dice lo siento como propiamente experimentado, pero en Vd. no sé qué más admirar; si la honda sabiduría y poder de exposición o el sublime valor que le mueve hacia el apostolado, siguiendo si bien sea en una forma más moderada, huellas tan escabrosas como las de San Pablo y Cristo mismo. Valor se necesita para ello. Es decir aquí sacrificio de sí mismo y fe en la humanidad, y en sumo grado aquel verdadero espíritu compasivo que no quiere sentir solo, sino sentir con la humanidad y, que la humanidad sienta consigo. Para dar cima a semejante misión, cuánta abnegación de sí mismo, cuánta guerra a su amor propio, cuántos desgarramientos y desengaños, cuánto desaliento frente al aparente fracaso, cuántas noches que atravesar. ¡Pero quién duda que ésta sea la verdadera escuela de perfección! No, no basta fundar sistemas filosóficos, y de ello ningún testimonio más elocuente que el del mismo Herbert Spencer, quien en sus postreros días, al repasar en su mente el valor de conjunto de toda su obra, hizo esta suprema confesión, que recuerdo haber leído en los diarios ingleses de la época, que se había equivocado por haber hecho una parte demasiado grande a la razón, pues en realidad, dijo, el sentimiento lo es todo. ¿A qué mejor crítico apelaremos?

Sí el sentimiento, el sentimiento compasivo con todos su tropiezos, con todas sus alternativas de sombra y de luz, es el que mueve la Evolución. En la «Voz del Silencio», libro esotérico de la India se lee: «Estas lágrimas, oh tú que llevas un corazón compasivo, ellas son los arroyos que riegan los campos de la caridad inmortal. En este suelo es donde crece la flor de media noche de Buddha». Esa flor de media noche es la que tiene que brotar de la mística española que en la noche se elabora.

Respecto a Dios cautivo y crucificado en la materia y de la necesidad de libertarlo por el desarrollo de la conciencia, se me ha publicado, aunque no a propuesta mía, en el último número de la Revista de Teosofía «Sophía» de Madrid, un trozo de una carta mía escrita a un amigo de dicha Revista en la que a propósito de otro tema, desarrollaba el mismo concepto. El concepto fundamental no es mío, sino que es familiar a la doctrina teosófica. Y vengo a decirle esto para salir de una duda que se me presenta. Encuentro tal similitud entre el fondo de su pensamiento y el fondo esotérico de la teosofía moderna, que me pregunto si es Vd. conocedor de la actualidad de dicho movimiento teosófico; o si trabaja Vd. paralelamente sin saber de él. Si así fuese, creo de mi deber atraer a ello su atención para que no ignore Vd. nada de lo que a un mismo tiempo

colabora para un mismo fin. La teosofía moderna, heredera de la Escuela de Alejandría, del Pythagoricismo, y de las iniciaciones de los templos del antiguo Egipto así como de la antigua teosofía india hasta perderse en la noche de los tiempos, cuyo esotericismo ha persistido inalterable encerrando en sí el núcleo de la religión fundamental sobre el que se han ido podando todas las religiones exotéricas o de ritual; la Teosofía moderna es hoy el vehículo más perfecto del revival de misticismo que se abre paso en toda la humanidad moderna. De esto hay que tener gran cuenta al ocuparse de España. Ahora bien, mientras que en los demás países se crean grandes centros teosóficos, respondiendo al movimiento (aunque en semejante materia de un modo muy relativo), en España con harta dificultad se ha llegado a crear un centro, que cuenta con poquísimos adherentes, en Madrid y en Barcelona principalmente. En Bilbao yo soy el único teósofo. En esto se muestra España reacia e irresponsiva como en lo demás, y esto me impulsa a creer que tiene su razón de ser como todas las cosas, y que semejantes materias, para que hieran el espíritu peninsular, es preciso que sean presentadas de otro modo, que no adopte la forma de un vehículo centralizado y organizado (siendo el espíritu territorial opuesto a toda organización), sino que se desarrolle libre e independientemente por la acción aislada del sentimiento individual (a lo caballero andante). Considerado así, y descartando la acción posible de la centralización teosófica sobre el desarrollo del misticismo peninsular, es Vd. el que parece haber asumido en la Península el papel de renovador místico que se ha cifrado en la Sociedad Teosófica para el resto del mundo. A ese título es Vd. acreedor al homenaje de un verdadero discípulo, y vea Vd. qué razón he tenido de llamarle Maestro.

Termino esta carta dándole las gracias más expresivas por su amistosa introducción para con D. Pedro Eguillor a quien me propongo ver y hablar de Vd. aunque me temo que ... quiero decir que soy lo más insociable que existe, y que en compañía de otros me siento tan extraño que soy menos que nada. Así es que fuera de mi trabajo, huyo del trato de la gente y con un libro en el bolsillo o sin él, voy a perderme por los montes donde sólo me poseo a mí mismo enteramente, porque ahí siempre puedo hablar con quien me entiende, con Dios y su obra. Me pesan las calles de la ciudad, y puedo decirle que en todo el verano pasado, salvo muy contadas ocasiones, no he frecuentado más reuniones públicas que las que se han celebrado para sus conferencias. La filosofía de mi vida es la expresada en los versos de fray Luis de León:

Dichoso el humilde estado
del sabio que se retira
de aqueste mundo malvado
y con pobre mesa y casa.
En el campo deleitoso
con sólo Dios se compara
y a solas su vida pasa
ni envidiado ni envidioso.

Y termino con la expresión del más sincero cariño de este humilde amigo y discípulo.

Julio Fermaud

ibid, n.2

Alma individual y personalidad

Ind. ¡Deseada existencia! hermosa vida de la acción! por fin vuelves a mí, bendita seas! Quiero dedicarte entera a celebrar la gloria del Altísimo, y utilizar la suave alegría que me infundes para conseguir el progreso de mi alma que quiero devolver a Dios pura y sin mancha.

Pers. No te sería fácil conseguirlo por esa vía, y apercibida vengo para proporcionarte los medios. En vez de alegrías te proporcionaré penas; prepárate a sufrir.

Ind. ¿Porqué sufrir, cuando a mi vida naciente sonríe la naturaleza y todo me convida a la expansión de mi ser hacia Dios, al amor, a la libertad?

Pers. Porque dependes de mí y que la expansión, el amor, la libertad, son cosas que me molestan. Te embarga tu anhelo hacia lo divino, pero yo te recordaré que entre los hombres has de vivir. Sin mí, volarías informe al infinito sin tomar tiempo de reconocerte, pero yo te encerraré en tan estrecha prisión que cada paso que des origine un tropizo, cada pensamiento que exprese una humillación, cada impulso de afecto un dolor. Sin mí serías libre y la nobleza de tu origen se reflejaría en tu semblante, pero yo haré que languidezcas y te desvirtúes en un ambiente de tradiciones y mezquinos convencionalismos donde serás motejado, clasificado, coartado en tu propia voluntad, y donde no podrás hablar siquiera sin temor de escandalizar a los tímidos o de herir las susceptibilidades del orgullo. Amarás y no serás amado y te rebajarás a odiar, hablarás y no te escucharán y caerás en el oprobio y el insulto; a todo ser viviente abrirás los brazos como a un hermano, pero él en tu ademán verá un reto y te hará frente como adversario; amante de la verdad, indagarás sus leyes, y los entusiasmos de tu corazón se los gritarás al vecino, pero la intención del alma ¿Quién la vé? Sólo la mía verán, que saben es aviesa, particular y rastrera. Y así esas energías que pretendes utilizar para el progreso de tu alma, yo las pondré a prueba y no te sobrarán para vencer los obstáculos de que se verá sembrada tu senda en el trato obligado con los demás. Yo soy la careta, el disfraz con que cubro tu actividad en este mundo irreal y transitorio, y este disfraz es un espejo de falsedad en que se ven las cosas torcidas. Anhelarás idealismo, pero yo lo materializaré y lo trocaré en ideas personales y antagónicas que te serán interpretadas a mal, y sólo despertarán suspicacias. No pretendas escapar de mí; yo soy la forma que envuelve la vida y corrompe la idea; mi poder es inmenso y a Dios mismo trasciende, pues que el concepto de Dios, sólo concebible en el silencio del alma, y al que los sabios indúes llamaban *Aquello*, por no atreverse a nombrarlo, yo lo materializo con la palabra, y hasta lo personalizo bajo las formas definidas de Jehovah, Zeus, Júpiter y otros.

Ind. El anhelo hacia lo divino es inseparable del amor al prójimo, y lejos de olvidar mis deberes por ese lado, me preparo a cumplirlos a pesar tuyo, pues que con el trato superficial, exterior, hipócrita que pones ante mi vista, sólo se originan perjuicios y retrocesos. Como infinidad de luces que reciben el fluido de un centro común, así son nuestras almas individuales, y por esto amar a Dios es amar al prójimo, puesto que éste es parte de aquel; pero el trato con el prójimo sin la relación debida al centro común, es decir sin la religión de verdad, convierte el amor en odio, la virtud en pasiones, haciendo creer al individuo que su persona es absoluta, y a esto me arrastrarías si me dejase llevar de

ti. Me recuerdas sin embargo que perdía la noción del tiempo en la intensidad de mis deseos, y que antes de distribuir desde lo alto, debo recoger desde abajo; tu siembras obstáculos en mi camino, yo los aprovecharé como acicate y estímulo de mi virtud. Seré compasivo y sufrido, socorreré a mi prójimo en sus caídas y desgracias sin pretender recompensa propia; sufriré el insulto sin devolverlo. Así será Dios servido, pues que cada individuo tiene como yo su misión eterna que cumplir, y nos debemos ayuda mutua; y tan necesario es a la humanidad entera el progreso de uno solo de los individuos que la componen como el de todos los demás.

Pers. Pero yo lo estorbaré. Las ilusiones de la forma te harán parecer desdicha lo que no lo es, serás víctima de la ficción y de la mentira, y quedarás avergonzado por haber fomentado la pereza y el vicio. Por otra parte, favoreceré las injustas críticas de las gentes que desconocerán tus intenciones, y te desanimarás. Y además en ti mismo introduciré tentaciones, falsas esperanzas, seducciones, hastíos, vanidades que interrumpirán tu progreso. No puedo impedirlo, pero lo retrasaré. No eres mi esclavo, pero tu acción depende de mi presencia fiscalizadora y del ambiente creado por mí. Nuestros poderes son iguales; eres Ormuz y soy Ahrimann, nos compartimos el dominio del mundo.

Ind. No; semejante dualismo es sólo aparental y no es en sí, pues destruiría todo progreso, y el progreso existe. Sin embargo, convengo en que somos inseparables uno de otro, y que en el plan de la naturaleza debemos coexistir, aunque en incesante antagonismo; y el último grado de mi progreso será el de lograr desconocerte y vivir sin acordarme de que existes. Más allá del tiempo seré sin ti; eres el término variable y soy la serie infinita, y en la razón de la serie está la misma necesidad de mi existencia y de tu muerte, la ley, Dios que hace toda vida posible. No me acobardan tus amenazas; yo soy la senda por donde se desenvolverá la libertad futura de mi ser, tú la fatalidad presente que me envuelve y estorba mi progreso, y sólo relevas del tiempo y de las circunstancias. Mientras dure nuestro obligado consorcio, sufriré en silencio y sin temor. Y para librarme más pronto de tu funesta influencia resistiré las tentaciones del mundo que opones a mi voluntad, despreciaré los éxitos efímeros de la personalidad, rechazaré toda seducción de la sustancia perecedera que representas, y crearé en el progreso individual que estoy seguro de conquistar en el silencio de mi alma. Para eso poseo una fuerza oculta que tus asechanzas no alcanzan, la fe en mí mismo, que soy de esencia infinita y sólo relevo de Dios.

ibid., n.3.

3

Bilbao, 9 marzo 1909

Señor D. Miguel Unamuno

Querido maestro,

Aunque no sea el objeto de la presente, empiezo gustoso felicitándole por su reciente éxito escénico en Las Palmas, que deseo se extienda pronto a la península y sea indicio de un período definitivo de merecidos éxitos¹. En vísperas de su despedida para América², hace tiempo pensaba en la oportunidad de comunicarle mi pensamiento, a lo que han acabado de determinarme unas líneas tuyas que últimamente leí en el «Faro». Estas me inducen a pensar que como antes aún le mueve a indignación la irresponsividad del medio, y que uno de los móviles más caracterizados de su acción lo sea sin duda la no fácil tarea de despertar la conciencia de este país.

Yo, que como Vd. siento y como a Vd. me parece inconcebible que la mayor preocupación de los hombres no sea la de su propia existencia, en lo cual como Vd. indica con acierto, la guía más segura es la relación constante de lo finito a lo infinito en nuestros actos y pensamientos, único recto sentido de la palabra Religión (re-ligare), comparto sus anhelos e indignación del momento, pero como en mi pensamiento laboran ciertos elementos que acaso me aparten de sus conclusiones, he creído oportuno someterle el fruto de mis meditaciones, siendo Vd. el único juez a cuyo criterio me entrego gustoso.

El símbolo preferido de la mística cristiana para expresar el progreso del alma es la lucha, la vida es una batalla. La mística árabe la considera como un viaje, y debido quizá al atavismo, por lo que de sangre árabe me pueda quedar, esta última figura es la que más apela a mi imaginación. Yo sueño mucho de noche, y mis sueños son un constante viaje. Por esto y siempre sin duda influido por dicho atavismo, en lugar de mirar con ojos de rebelión el estado actual de las cosas, me hallo inclinado a una interpretación acaso algo fatalista, que sin perjuicio del libre ejercicio de la voluntad individual, nos deja ver el conjunto social obligado a moverse dentro de cierto cuadro determinado.

Todo es simbólico en el mundo fenoménico; la materia es símbolo del espíritu, la subsistencia de la esencia, toda unidad orgánica de una posibilidad funcional, el hombre del Universo, el microcosmos del macrocosmos. Y en este microcosmos que es el hombre rigen tres facultades constitutivas de su alma, Emoción, Intelecto, Voluntad, que corresponden en el organismo social a los tres Poderes legislativo, judicial y ejecutivo, pues la Emoción o ley natural suministra la fuerza para la acción ordenada, y esta fuerza no debe transmitirse al poder ejecutivo a Voluntad sino después de examinada y aprobada por la Razón; o si se trasmite antes, tiene que ser juzgada por ella. Así en el organismo del hombre, como en el del Estado, esos tres Poderes tienen que ser bien equilibrados para que la acción sea sana; pero pocas veces ocurre así; siempre

1 Alude al estreno de *La esfinge* en el Teatro «Pérez Galdós» de Las Palmas el 24 de febrero de 1909 por la compañía Oliver-Cobeña. Cfr. *Obras completas* de Unamuno, ed. Escelicer, V, 35-40.

2 Este viaje de Unamuno a América no llegó a realizarse.

uno u otro se extralimita. Lo que permite semejante extralimitación es que dichos poderes, a pesar de ejercerse sobre el conjunto, tienen su asiento propio, y como todas las fuerzas de la naturaleza, tienen tendencia a polarizarse, y la polarización es un elemento dinámico que varía de posición, como ocurre en un imán, que si se rompe en fragmentos, cada fragmento se volverá a polarizar como un imán entero.

En el hombre vemos que los poderes se localizan así: la Emoción en regiones inferiores: el Corazón es su centro admitido, pero más exactamente reconocen como el más poderoso centro emotivo el plexus solar, llamado por algunos cerebro abdominal, centro del sistema simpático; la Voluntad reside en las regiones superiores, en el cerebro, y aunque en éste residen en último término todas las actividades, especialmente la Inteligencia, no es menos cierto que la Razón delimitadora, función del Intelecto, que recoge sus energías para que no quede en estado caótico, reside en primer lugar en toda la periferia del cuerpo, caracterizado por el tacto. Lo que nos pone en comunicación con el mundo exterior, éste es el vehículo primordial del conocimiento. Imán es el hombre, así como la madre tierra, que ha sido asimilada a un gran solenoide; pasando por él la corriente de la Conciencia le polariza, hacia abajo las pasiones que le clavan a la tierra, polo positivo del deseo que atrae a sí las fuerzas telúricas, hacia arriba el semblante lleno de anhelos de lo alto, polo negativo del receptor que es atraído por el Infinito

Os homini sublimis dedit coelumque tueri.

Jussit et erectos ad sidera tollere vultus.

La razón que delimita el campo de acción del momento, será el punto neutro del imán que varía según la posición o intensidad relativa de los polos.

Si consideramos ahora las tres nociones que cada una a su turno han dominado y pueden considerarse como la representación del alma occidental, creo podremos admitir que en España imperó la fuerza emotiva, gastando todas sus energías en la persecución de una utopía, la unidad de la fe; Inglaterra dio la medida de la Voluntad por la fijeza y concentración de su propósito en el terreno de los triunfos prácticos; y el país de la Razón lógica es por excelencia Francia, cuya situación geográfica es verdaderamente periférica, puesto que siendo país céntrico, se halla en contacto y constante comunicación con todos los demás. De esto se desprende una polarización natural que coloca las fuerzas emotivas productoras al Sur, donde más se recibe el calor del Sol, las fuerzas voluntarias o ejecutivas al Norte, y las fuerzas razonadas u ordenadoras al Centro a la periferia.

Si en vez de considerar los tres países referidos, sólo consideramos España, podremos sacar la misma conclusión: las regiones del Sur son aquellas donde imperan más caóticamente las fuerzas emotivas; la Voluntad siempre se manifiesta con privilegio casi exclusivo en las elevadas regiones de Castilla que representan el verdadero Norte de la península, y la Razón ponderadora corresponde a las regiones comerciales de la costa, esencialmente antiutópicas.

Y aquí entra lo de la extralimitación de los poderes. Si España, Francia o Inglaterra hubieran constituido un solo organismo político, conservando el equilibrio de sus cualidades dominantes, consideradas éstas en el momento de su apogeo a plena madurez. ¡Quién sabe por cuánto tiempo hubiera semejante unidad dominado el mundo! Si España hubiera realizado el perfecto equilibrio

de sus tres poderes, ¡quién sabe dónde hubiera alcanzado! Pero son cosas que no cabe deplorar, porque no debió ni pudo ser: no existe el lugar matemático donde se resuelva semejante unión, porque el progreso es función del tiempo y los fueros del tiempo no pueden atropellarse. El hecho es que España, cuando llegó su hora, que a todos llega, agotó sus energías en la exaltación de una voluntad que no fue templada por la razón; siempre alcanza un organismo el apogeo de su desarrollo cuando la Voluntad domina, pero mientras esa Voluntad se cifraba en una utopía, pasó su hora y la vida se fue a otra parte. Y por eso quizá queda D. Quijote como el típico representante de la raza peninsular, pues para los extranjeros la España histórica es Castilla. Hoy día, el equilibrio de las fuerzas es otro: la Voluntad, mal orientada, no teniendo ya más conquistas que hacer, se ha debilitado, se ha consumado y hasta parece haber abdicado del todo. El poder que impera, por lo menos en tendencia, es el de la razón, y obra a favor de la periferia del país: Barcelona, Zaragoza, Valencia, Bilbao, crecen, hacen exposiciones, atraen a sí la vida del país, y pretenden autonomías cada día mayores; Madrid no hace nada. Como siempre la oscilación es algo brusca y operando en forma de reacción, la Razón se desarrolla a expensas de la Idealidad perdida, en una forma brutalmente práctica y materializada, de la que el preceptismo práctico, mundano y financiero de las Residencias es fiel representante. Y que el clericalismo jesuita representa en España la evolución del momento, lo demuestra el que él es quien solapadamente favorece todas las aspiraciones separatistas de la costa; cosa natural, pues siendo un poder unido y centralizado con aspiraciones a la dominación del mundo siente muy bien que le será más fácil dominar pequeñas unidades que un organismo grande.

En la historia de la Humanidad varía el acontecimiento, pero el método perdura. En lo moral como en lo físico, la vida, el movimiento proceden por vibraciones, oscilaciones, recurrencias. Así alternativamente después de un período medieval, de puro desenvolvimiento funcional, viene uno de renacimiento, de expansión orgánica. En el primero, sobre las ruinas de instituciones envejecidas que ya no sirven para el grado de progreso alcanzado por la humanidad, se elaboran las instituciones nuevas, el organismo nuevo que al alcanzar su pleno desarrollo saldrá de sí mismo y buscará expansión hacia fuera. El primer período es de retraimiento, de luchas caseras, de dudas, de sombras, en que todas las ideas se ponen en tela de juicio, y todas las unidades se dividen y subdividen, necesitadas de aislamiento; el segundo período, cuando de la meditación aislada ha nacido una conciencia nueva, es de confianza, expansión, luz radiante y unión política, período clásico por la unión de ideas. Esto dura hasta que el nuevo organismo envejece a su vez. La frecuencia de semejantes oscilaciones es proporcionada a la magnitud de los organismos: hay una serie de oscilaciones nacionales y hay una serie, mucho más lenta por lo extensa, de oscilaciones mundiales que abarcan la humanidad entera.

Ahora atravesamos aquí un período medieval, y la labor que nos incumbe es la de elaborar las instituciones del porvenir, y la experiencia nos enseña que semejante elaboración no se efectúa sin ir acompañada de todos los signos que caracterizan la descomposición de un cadáver. Y en efecto, el renacimiento o nacimiento de un organismo nuevo, resultado del desenvolvimiento de nuevas funciones es una primavera o una juventud; la edad media, un invierno a una senectud. Así el organismo de la hegemonía castellana tuvo su juventud, su

edad viril, y después de pasada su vejez, vendrá la muerte y la descomposición. No con balones de oxígeno podrá la vejez transformarse en nueva juventud; es necesario la muerte. Agotada la función, es ley fatal que desaparezca el órgano. A pesar de la ingestión del cristianismo, murió el imperio Romano, se desmenuzó en pequeños fragmentos, y la vida pasó a organismos nuevos. Se puede soñar dar vida nueva al centralismo castellano arrancando el microbio del clericalismo y despertando la conciencia nacional hacia un ideal religioso más puro, pero la conciencia nacional ha emigrado para siempre del órgano antiguo; la vida misma de un Estado fundado sobre la utopía católica desierta el centro, el centro que no puede sostener la utopía por la fuerza de las armas. Y la utopía es la vida de la improductiva Castilla y será su muerte, pues el feudalismo que hoy impera es industrial y no militar. Y la vida que va arrastrando ideales antiguos no vuelve con ideales nuevos sino pasando por organismos nuevos: «No se echa remiendo de paño recio en vestido viejo, ni vino nuevo en odres viejos».

He dicho que existe además una serie de oscilaciones más extensas que abarcan la Humanidad entera, y todo parece demostrar que no es convencional sino real y efectiva en lo moral como en lo físico la división geodésica de Oriente, desde el Pacífico hasta Rusia, y Occidente, desde Rusia hasta el Pacífico, y que son dos las corrientes civilizadoras que alternativamente informan el mundo. Del centro Asiático proceden las razas indo-germánicas o Arias que poblaron el Occidente, y de ahí en rigurosa sucesión se estableció la corriente civilizadora de levante a poniente, pasando de Caldea a Persia, luego a Grecia, Roma y los países Atlánticos, franqueando el Océano con Colón para formar en las Américas ese conglomerado europeo, en lo que obró el Atlántico a modo de un prisma que con los varios colores del espectro hubiese reconstituido la luz blanca. ¿Fue obra de la casualidad esa marcha de Oriente a Occidente? Estimo la palabra casualidad la mayor herejía que se pueda pronunciar. Todas las corrientes oceánicas y atmosféricas, según la ley de los torbellinos, se dirigen inicialmente de levante a poniente para girar luego hacia sus respectivos polos; según se van estrechando los círculos de latitud va disminuyendo la rapidez de rotación. El Sol es el que determina la dirección de esas corrientes que parecen arrastradas en su séquito, y siendo el Sol nuestro centro de vida, ¿quién puede dudar que así como determina las corrientes físicas y magnéticas determine también las corrientes espirituales y civilizadoras?

El cristianismo, destinado a ser la palanca civilizadora de Occidente, nació en Siria; pudo haber ido a llevar su divino mensaje a la pobladísima India, pero la corriente fue hacia Occidente como era fatal; el mensaje cristiano era destinado para las razas occidentales. Y pasó el Atlántico y se esparció por las Américas, pero muere a las orillas del Pacífico. Más allá empieza la corriente oriental, que ya se ha iniciado con el maravilloso despertar del Japón y el tremendo resurgimiento que ya se vislumbra de todas las razas mongólicas. ¿Cuál será el mensaje que esas misteriosas razas aporten a la Humanidad? Lo único que sabemos es que será otro que el cristianismo, y cualquiera que sea, nos llegará a su debido tiempo por medio de Rusia, la potencia intermedia, tan Asiática como Europea así por su carácter como por su situación, tierra predestinada de los grandes contrastes físicos y morales, y por consiguiente de las grandes reconciliaciones y concordancias; por ella se asimilarán las razas occidentales lo

que del mensaje de Oriente convenga a su carácter, así como por Grecia, la intermediaría en otros tiempos de Asia y Europa, llegó todo cuanto podíamos abarcar de la antigua sabiduría Indú.

Toda oscilación es un dualismo: la pareja de opuestos, condición esencial de toda manifestación de vida, es una polarización dinámica de donde surge la conciencia del Unverso. Bien y mal, día y noche, amor y odio, pasado y futuro, placer y dolor, vida y forma, espíritu y materia, son valores inseparables; lo uno sin lo otro quedaría indeterminado y no daría lugar al conocimiento ni por consiguiente al progreso. Y ambos valores deben afirmarse alternativamente para que la conciencia perciba las diferencias de valor y se establezca un cierto equilibrio.

En el dualismo de las civilizaciones oriental y occidental, mientras la una penetra en la región de la luz, la otra queda sumida en la sombra; cuando surge la aurora a orillas del Pacífico se inicia el crepúsculo en las márgenes del Atlántico, y recíprocamente. Si ahora pues ha llegado la hora fatídica en que las razas mongólicas vayan despertando de su letargo secular, ésta es la hora en que las razas Arias irán entrando en un período de agotamiento y descanso forzoso. Y todo indica que en efecto esto ocurre: mientras las razas orientales impulsadas por la energía de un espíritu nuevo vencen toda resistencia material, el oscurecido cerebro de Occidente cifra su seguridad en las estadísticas de la pura materia. Aquí todo se materializa, hasta la religión y el sentido de la vida que se interpreta por el placer. Huyó la conciencia del deber, sustituida por las violencias de la legalidad, y queda el desenfreno del goce personal afianzado por la exaltación de las clases; murió la fuerza de la sustitución y la energía de la virtud, y queda el peso coercitivo del Código y la letra muerte del dogma. Como en una fruta que pasa de madura, se secó el meollo y queda la corteza. Y esa corteza que invade todo el Occidente, aunque varíe su forma y su composición, obra idénticos resultados: en España el clericalismo, en Francia la burguesía, en Inglaterra el imperialismo, en Alemania el militarismo, fuerzas igualmente opresivas, convencionales basadas sobre una ficción, que tienden al establecimiento del predominio de clases, al imperio de la tradición, al egoísmo personal, impidiendo que emerja del fondo popular esa íntima conciencia que se halla adormecida en aquella vida intra-histórica que ya aludimos en otro lugar, que todos los pueblos poseen y que es la única promesa para los tiempos futuros del advenimiento de la fraternidad universal y del verdadero amor a Dios.

De todo ello resulta que la desmembración del Estado español es una necesidad ineluctable, como más tarde o más temprano ocurrirá lo propio o algo parecido equivalente en los demás países de Occidente. Francia que es la nación más unificada y fuertemente centralizada parece escapar a esta ley; pero esto sólo es aparente. Francia no se desmembra, pero como cuerpo debilitado por violentas sacudidas, toda ella se descoyunta más y más, se dislocan sus muslos, pierde su virilidad, y el fenómeno no casual de su gradual despoblación acaso prepare en esa región tan céntrica y representativa del conjunto de todas las que la rodean, un centro de depresión vital que llame hacia sí más tarde poderosas inmigraciones llamadas a regenerarla, creando un organismo enteramente nuevo. Valga no esta discusión del problema tan angustioso de la desmembración del Estado español por la consideración de leyes más genera-

les, sólo puedo decir que ella me ha guiado para deponer inútiles protestas y adoptar frente al asunto una actitud de sumisa y confiada aceptación de un destino inevitable: «Ducunt volentem fata, nolentem trahunt».

Resta saber si en la pasiva aceptación de un destino estriba todo. Aceptación sí; pasiva no. La acción siempre es un deber, y el que ve debe guiar a los demás; hay además un fondo de claridad ya adquirido para siempre que la Humanidad no debe perder y que ciertos espíritus revelados a sí mismos como pastores, velan para que no se extinga mientras dura el sueño del rebaño. El fuego que ha dejado de desprender llama viva permanece como brasero y suele dar chispazos y llamaradas esperando nuevo alimento, y esos chispazos se llamaron en un principio Francisco de Asís y Teresa de Jesús y se llaman hoy día Tolstoi en Rusia, Emerson y W. James en América, Unamuno en España.

Según la ley natural de compensaciones, lo que se pierde en extensión se gana en intensidad; cuando el agua no puede correr y extenderse, sube su nivel. Desde el advenimiento de Jesucristo hasta los tiempos modernos, desde Constantino hasta los Reyes Católicos, la idea cristiana ha necesitado tomar cuerpo y acrecentarse en el mundo, la Iglesia ha sido militante y conquistadora, y mientras ha encontrado nuevos espacios donde extenderse, el espíritu de la doctrina ha sido absorbido por la necesidad de la conquista. Pero llegado a sus últimos confines de Occidente, tiene que variar la labor; la ola que iba hacia adelante al ser detenida, vuelve sobre sí rompiéndose y turbando la tranquilidad aparente de las aguas. Así las instituciones cristianas fundadas sobre el Dogma y hasta ahora indiscutidas se resquebrajan buscando fuera del cuerpo muerto de una Iglesia enriquecida el espíritu verdadero de la doctrina; el militarismo cristiano muere de plétora y por todas las rendijas de la actividad occidental asoma el internacionalismo, el solidarismo, la fraternidad. Siempre el dualismo, condición del movimiento; mientras los poderes tradicionales extreman su acción conservadora para que perdure el organismo envejecido, una corriente oscura de conciencia popular elabora funciones de universalidad, preparando los organismos nuevos del porvenir. Dentro del capullo, la crisálida prepara las alas de la mariposa.

Mientras del futuro mensaje de Oriente se espera la solución de ciertos grandes problemas de la Vida, el letargo de crisálida al que se encamina el Occidente no deja por eso de ser un letargo ameno, considerando esos juguetes de la ciencia automóviles, aeroplanos, etc. con que la actividad cerebral procura adormecer los anhelos de la conciencia. Ni hay que suponer que nuestro letargo sea tan profundo como lo fue el del Celeste Imperio. En la espiral del progreso las vueltas son ascendentes; a cada vuelta es menos densa la sombra, más intensa la luz. Luz y sombra son términos de valor relativo. El dualismo, condición dinámica de lo manifestado que aspira a realizarse, ilusorio en sí, no puede considerarse sino como una descomposición de la Conciencia pasando por el prisma de la Manifestación; más allá de ésta lo real es la Unidad, Conciencia Absoluta, Inconciencia, Potencialidad. No hay pues mal absoluto, ni sombra absoluta; el mal es un grado menor del bien, la sombra un grado menor de la luz, y la marcha de la conciencia hacia el conocimiento absoluto es la liberación gradual de la sombra y la visión de mayor grado de luz. A esta parte de la Manifestación, la corriente consciente que viene de la Potencialidad, se polariza; entre los polos de bien y mal fluctúa la conciencia envuelta en el imán del

alma humana, y este imán se afina presentando cada vez menos el polo positivo de la sensación (fuerza ciega, materia) al polo negativo del mal, y cada vez más el polo negativo de la voluntad (facultad receptora) al polo positivo del bien. Y en la intensidad de la acción psíquica que desvanece la ilusión del tiempo está el progreso, la evolución humana, fuerza motriz de la Voluntad de Dios.

En términos de metafísica me expresaría así: Dios, el Infinito es Potencialidad que se manifiesta como corriente cuyo receptor es la vida y cuyo acumulador es el Universo manifestado, y al pasar por dicho acumulador:

<i>Unidad de vida: átomo</i>	<i>Condiciones de conocimiento</i>	<i>Vehículos de conocimiento</i>
Como potencialidad de <i>fuerza</i> se polariza en	<i>Tiempo y Espacio</i> dando lugar	<i>sensación</i> (objeto conocido: ilusión de la materia: tesis
Como potencialidad de <i>conciencia</i> se polariza en	<i>Bien y Mal</i> al conocimiento	<i>reflexión</i> -sujeto conocedor (antítesis), progreso.
Como potencialidad de <i>movimiento</i> se polariza en	<i>Acción y Reacción</i> en función de	<i>Voluntad</i> -intensidad del conocimiento del fin o unidad de todo (síntesis) regreso.

Y siendo la conciencia un corriente, la intensidad de la Voluntad consistirá en mantener esa corriente en estado fluido; las impresiones del mundo exterior no controladas por la voluntad, detienen el fluido; los goces de la vida sensual lo solidifican; y la Voluntad atenta hace que fluya la corriente siempre continua y sin interrupción. Esa es la vigilancia que nos recomienda el Evangelio, pues en estar viva la corriente estriba la libertad del alma, y si se interrumpe, por la brecha abierta entra el enemigo, el acontecimiento, la Fatalidad exterior. Pero la naturaleza impone desfallecimientos, la Voluntad para afirmarse, necesita periodos alternados de actividad y descanso, y así va creciendo, afinando la vibración, hasta llevar la conciencia más allá de lo Manifestado.

El dualismo primordial de lo Manifestado y todo dualismo en general, se caracteriza por los dos términos de involución o ingreso del espíritu en la materia, (condensación) y evolución o regreso del espíritu (disociación) a su centro de origen o a una nueva vuelta, y el progreso es el término intermedio y común. Hay progreso de involución y progreso de evolución. Así, del dualismo nace la triada. Si la Vida manifestada admitiera la posibilidad contradictoria de una Voluntad directa, instantánea, absoluta, se desvanecería la Manifestación universal y holgaría la obra de Dios; habría regreso sin progreso; sería para la corriente de la conciencia como el cortocircuito de nuestros alumbrados eléctricos. Por lo contrario, la abulia absoluta mataría a Dios por decirlo así, cortando la corriente de regreso al Espíritu; habría ingreso sin regreso. Dios no quiere la instantaneidad sino el progreso con sus humildes tanteos, y así debemos amar a la Humanidad perdonándole sus yerros. En este inmenso crisol del Universo en el que hierve la Vida buscando la Conciencia, cada burbuja puede imaginarse como uno de los vértices siderales que pueblan la inmensidad, en que las moléculas van y vienen, alternativamente atraídas y rechazadas, y sólo a costa de infinitos encuentros, atropellos y sufrimientos, descubren la Unidad de su ser al ser reducidas a sutil vapor que se pierde en el espacio.

Pero lo que es ley fatal para la Humanidad, no lo es en igual grado para el individuo que según sienta en sí una voluntad más receptiva puede intensificarla por el contraste del ambiente. En tiempos de decadencia, hay hombres gran-

des. Perseguido, excomulgado, proscritas sus obras en su país, Tolstoi habrá dejado a los hombres una huella luminosa para los que se preguntan sinceramente ¿Qué hacer? y ¿Por qué vivir?. Por cuanto a Vd. se refiere, digo y afirmo que su obra sobre D. Quijote quedará, pues, frente a todas las críticas literarias que se han hecho del libro de Cervantes y de las que no quedará gran cosa, su crítica es obra original y fuerte que toma por base el sentido religioso y profundo de la Vida, única base sana y duradera, porque es de todos los tiempos y se dirige a todos los hombres. Al no considerar otra cosa, bastará con extraer unas cuantas frases como éstas:

– No es la inteliencia sino la Voluntad la que nos hace el mundo: Nihil cognitum quin prevolitum.

– La vida es el criterio de la verdad y no la concordancia lógica, que lo es sólo de la razón.

– La verdad no es relación lógica del mundo aparential a la razón aparential también, sino que es penetración íntima del mundo sustancial en la corriente sustancial también.

– La verdad no es el reflejo del universo en la mente, sino su asiento en el corazón.

– La verdad es lo que hace vivir, no lo que hace pensar.

Semejantes frases debieran colocarse, en las paredes de las escuelas para que, aprendidas de memoria, sirvieran más tarde de meditación a los niños hechos hombres.

Pero, ¿cómo olvidar que estamos en tiempos en que la vida carece de intensidad? – No en balde la intuición religiosa de otros tiempos exigía voluntad, buena o mala, pero afirmaba; para los tibios no había salvación. Pero en tiempos de decadencia religiosa, la tibieza viene a ser virtud: cumplir con las prácticas exteriores y no dar escándalo, otros dirigirán la conciencia, desde fuera.– Los que le atacan a Vd. la acusan de incoherencia y, ¿de qué le habrían de acusar?. Ellos no son peregrinos del Infinito, para ellos nada más incoherente que el Infinito, entre la última absolución del confesionario y el próximo ingreso en Paraíso está todo el campo de sus especulaciones; lo demás son cavilaciones. Pero afirmo que cuanto he leído y oído de Vd. constituye un todo perfectamente coherente.

Cuando la voluntad se despierte en este país, será con un fermento nuevo que otras razas nos preparan, y ese nuevo fermento será el llamado a regenerar el sentimiento de caridad de que tanto ha carecido este país de fe muerta. Entonces podrá la Voluntad subir a suficiente altura para transformarse en Amor.

La Voluntad, motor de la Vida que se exalta por el recogimiento y la concentración, enfocando la acción psíquica, tiende sus anhelos hacia la alta, y cuando consigue rebasar el mundo fenoménico, toma contacto con el Infinito y se convierte en Amor. El Amor que se extiende desde lo alto, cubriendo de sus alas al objeto de su expansión amorosa, en vez de concentrar y recoger, difunde y esparce, la Voluntad pide, aspira, el Amor da, inspira. Por eso se compara la Voluntad a un canal donde se encauzan las energías de la Vida, y el Amor al mar que cubre bajo el nivel de sus aguas todas las esperezas del suelo. La voluntad es el Amor en progreso en la vida manifestada, el Amor es la Voluntad en la Unidad.

Para amar, siendo esclavos de la forma, necesitamos dar forma al objeto amado; así es que nuestro amor siempre tiene tintes de particularismo y por consiguiente de egoísmo. El amor de Dios no cabe en la estrecha prisión de nuestras almas y no puede sernos conocido sino como una indefinida nostalgia del Infinito. No sabemos amar a Dios, pues Dios es el Infinito, y no podemos dar forma al Infinito. Sólo Dios puede, sabe y quiere amar en potencia, y en elevar a Dios nuestra voluntad para recibir su inspiración estriba toda nuestra sabiduría. Para poder amar a Dios, necesitamos aniquilar toda sensación física y personal, para saber amar a Dios necesitamos aniquilar toda sugestión de nuestra mente, y para querer amar a Dios necesitamos aniquilar todo lazo a afecto terrenal, mirando a la Humanidad como un solo ser, y en ese aniquilamiento voluntario de la personalidad, el alma a veces consigue libertarse del cautiverio de la forma, rebasar la valla de lo manifestado y penetrar en la región de la Unión y del Amor.

Pero son meros puntos de contacto que nadie puede convertir en corriente continua. Cuando el alma vuelve en sí, aún no sabe amar a Dios, pero sabe amar a los hombres.

La interpretación del Amor de Dios, según el esbozo que tuvo Vd. la amabilidad de comunicarme anteriormente, es a mi juicio, afinada y completa siguiendo la hilera progresiva de la conciencia: se empieza por el egoísmo que es pasión pura, y al salir de sí mismo la conciencia compara y encuentra la compasión, sentimiento humano por excelencia. Hay que notar sin embargo que el principio de compasión es oriental, es búdhico y anterior a Jesucristo. El alma occidental nunca pudo digerir bien el ideal de caridad cristiana; impenetrable a todo lo que no descansa sobre la experimentación científica, no se reconciliará con el concepto supremo del Amor de Dios ni por la consideración metafísica de las fuentes de la conciencia Universal, ni por la gradación humana de la compasión que Vd. analiza admirablemente. A mi entender, para que se opere dicha reconciliación, falta una palabra, para mí desconocida, la que he señalado como el mensaje futuro del Oriente, septentrional, y que acaso sea, según señales que ya dejan entrever algo, la que determine la fusión completa de la Ciencia y de la Religión en el «novum organum» del porvenir. Difícil es trabajar para ese porvenir, pero siempre es posible añadir una piedra al edificio, y estoy convencido de que es Vd. quien pueda poner muchas de una vez. Pero la clave de bóveda quedará por colocar. En el estado de desarrollo en que nos encontramos, creo que sólo hay dos vías de acceso para llegar al concepto del Amor de Dios: La vía experimental; por la conciencia, según se considera la lenta progresión y débil responsividad del organismo social, y la vía metafísica, imprescindible cuando se considera la rápida progresión e intensa Voluntad de los místicos. Alguno de éstos ha intentado dar cuenta de lo que ha experimentado en la visión directa, pero no se puede expresar lo inefable, y sólo puede llegar a nosotros el concepto por los términos de la metafísica.

Perdóneme lo dilatado de esta carta; en este terreno de inagotables relaciones lo difícil es contenerse. Y yo creo como Vd. que la Verdad no tiene fórmula ni se cimienta sobre los hechos, sino que se descubre gradualmente al hombre de buena voluntad por la percepción creciente de nuevas analogías en la Vida del Universo, por la facultad de concebir ésta como una serie siempre creciente de maravillosos simbolismos, concordancias, armonías, en una palabra, por la

Visión del Símbolo, Relación de lo Finito a la Infinito, Religión, Unidad.
 Queda humildemente a sus órdenes éste su fiel discípulo, amigo y S.S.
 q.e.s.m

Julio Fermaud

Ibid., n.4

4

Señor D. Miguel Unamuno

Bilbao, 20 marzo 1909

Querido Maestro.

Una conferencia que el jueves pasado dio la Señorita María Maeztu en el «Sito» sobre las escuelas inglesas, me proporciona ocasión para ampliar mi carta anterior con la presente.

No insisto en la cualidad del discurso que es inmejorable; todos conocemos y admiramos a la aludida, y ¡ojalá sus palabras encontrasen eco en este ambiente sin vida! Sólo quiero referirme a los extremos expuestos en mi carta anterior con motivo del criterio optimístico que pueden infundir en un alma noble esperanzas no controladas por la consideración de lo que yo llamo los fueros del tiempo.

Dice M. Maeztu que no es invocable el concepto de razas, pues Inglaterra no era antes lo que es hoy, y rechaza el postulado del ilustre Costa de la imposibilidad de nuestra redención por causa de la inercia y rigidez de nuestro cerebro afirmando que con la reforma de las escuelas a imitación de las inglesas se verificará la evolución deseada.

Tampoco yo creo en lo de razas superiores e inferiores en sí, pues creo que el concepto de superioridad es función no de la raza sino del tiempo. Los siglos 15 y 16 afianzaron en Europa la superioridad de la razón castellana; los siglos 17 y 18 dieron el turno a la razón francesa, y desde entonces nos aparece como superior la raza inglesa. Así tenía que ser: en el proceso de la vida, lo primero que se elabora es la emoción, luego viene la discusión y luego la voluntad.

El alma del Norte, más contemplativa, capaz de concentrarse fuertemente, pero falta de imaginación, no necesita para encontrar su ideal sino la libre acción, el reposo, el abandono, y por eso la labor del maestro es allí de estimular la producción interior poniendo en contacto el alma del niño con el mundo exterior, con la naturaleza, y aquella alma, ya de sí disciplinada, brotan los ideales en libertad; es poco el esfuerzo necesario para encauzar. El alma meridional, pagana y sensual por naturaleza, sobrada de imaginación, es incapaz de concentrarse para la persecución de un ideal sino por medio de una disciplina impuesta.

Amante de la compañía de los niños, he frecuentado niños ingleses en Lourdes, y aquí también; el niño inglés, observador y paciente, escucha una explicación sobre cualquier objeto, se detiene en él y no lo suelta antes de haber apurado todo lo que a él se refiere; y de lo particular se encamina a la general; induce. El niño español, en igual tiempo, se ha distraído cien veces,

saltando su imaginación de un asunto a otro por virtud de una serie febril de asociación de ideas; y si se detiene algo es en lo concreto; su tendencia es deductora. Iguales métodos no pueden convenir a ambos, y hay que tener en cuenta que el niño, como el país, para elaborar su destino, requiere en el Norte libertad y estímulo; en el Sur disciplina y dirección. Allá, según lo que el espíritu observe y a medida que la vida se afirma, nacen los ideales; aquí es preciso que el ideal a perseguir sea trazado de antemano para que la voluntad escasa no se desperdicie y la emoción desbordante se encauce. Allí la unidad de los espíritus resulta de la acción libre, de la práctica pacífica y reposada de la vida, del juicio analítico de las cosas; aquí no habrá unidad sin una imposición de la acción colectiva, sin teoría, sin previa síntesis. Son polos opuestos.

Escuelas. ¿Cuál ha sido siempre en dichos países la labor característica de las escuelas? Vemos que en Inglaterra la escuela forma ante todo ingleses, hombres integrales, prácticos y de su país (por el cultivo instintivo de la voluntad que es intensa); en Francia, la escuela forma enciclopédicos (todo se sacrificará a la instrucción, la educación no cuenta); y en España ¿qué puede formar la escuela con la personalidad del profesor siempre aparente en los libros de texto sino teóricos? Y es fatal; lo que aquí sobra es imaginación, facultad de sentir, y por eso no se espera a que el ideal haya brotado de la acción que pudiera desviarlo, se fija de antemano, aunque falso y utópico, y se impone por el peso de la autoridad.

Autores, artistas. Si en vez de las escuelas, consideramos los autores, los artistas, ¿qué vemos? Un cuadro de pintura inglesa es una sonrisa de la naturaleza, aquí un esfuerzo del alma; allí abandono, aquí sujeción. Shakespeare pintó las pasiones humanas desencadenadas hasta llegar a su último extremo donde se estrellan contra la vida por su propia imposibilidad; pero los autores españoles nunca han dado el espectáculo de una pasión desenfadada sin ponerla en pugna con la ley férrea del honor o del precepto religioso. Y esto es la florescencia natural, automática de la vida de cada raza; la conciencia se busca y se encuentra por caminos distintos. En Inglaterra, el ideal resulta de la acción libre, aquí la acción sana tiene que resultar de un ideal impuesto de antemano.

Historia. ¿Qué dice la Historia? En Inglaterra, del reposo de las pasiones que turbaron su período medieval, de la paz interior resulta el desarrollo de la conciencia nacional y la unión del propósito, la acción violenta siempre estorbó sus adelantos produciendo confusión y disidencias. Aquí las disidencias son permanentes en la fermentación del reposo y de la paz, jamás fue posible a España hallar la unidad de su vida y de su pensamiento sino cuando enfocó todas sus energías en la lucha, a la luz de un ideal común utópico incompleto, pero de antemano impuesto por la necesidad de la lucha contra los Moros.

Y es que aquí las energías proporcionadas por la emoción, primera materia de la vida, son abundantes y de sí caóticas, y necesitan enfocarse con fuerza para dar resultados armónicos, allá esas energías fundamentales son escasas, y como la voluntad es de sí ordenada, les es necesaria la paz para el desarrollo de su conciencia. Tuvieron los ingleses sus tiempos caóticos, porque su hora no había llegado, estaban en formación, siendo la voluntad la facultad menos precoz y que más tarda en elaborarse, pero la tenían en potencia y hoy florece.

En un organismo industrial, la primera materia sufre tres procesos: primero se desbasta, luego se desmenuza y por fin se transforma. Esa es la marcha del

organismo social en su fase moderna. Procedente de la decadencia romana, llegó como mineral bruto a los países del Atlántico la corriente de civilización oriental, y tras la larga elaboración medioeval que dio tiempo a la subcorriente meridional del islamismo a que viniese a servir de acicate al impulso cristiano, perdiéndose en él como un afluente en el río grande, España desbastó, preparó ese mineral y cumplió su labor fatídica yendo a llevar esa primera materia a las Américas; luego Francia lo fundió en el crisol de la Revolución, separando el metal de la escoria, y por fin, dibujando el movimiento circular de esa corriente dentro del continente según la ley natural de las corrientes, el metal ha pasado ahora a manos de Inglaterra, Alemania, Rusia en sucesión que lo irán transformando una tras otra en herramientas destinadas a servir para el organismo social del porvenir, que la gran corriente Asiática sigue preparando para nosotros.

Para apreciar mejor ese concepto de superioridad de raza en función del tiempo, considérese el diferente trato que sufrieron las dos corrientes casi simultáneas que invadieron el Occidente por el Norte y por el Sur: la subcorriente normanda que vino del Nordeste no encontró casi oposición alguna en las naciones aún en formación que atravesó; se estableció en Francia ya algo formada limitándose a ocupar una parte del territorio, e invadió Inglaterra aún embrionaria, fundiéndose íntimamente con la raza. Por contra, la subcorriente islámica que vino del Sureste tropezó con España todavía en formación, pero cuya conciencia ya despierta no pudo aceptar la asimilación definitiva y no cejó hasta la expulsión total. Ni Odin ni Mahoma se sustituyeron a Cristo, pero mientras el primero aportó un elemento nuevo de colaboración, el segundo no sirvió sino de acicate y estímulo para la afirmación de sí mismo en una raza ya llegada a su mayor edad. Y fue providencial (toda fatalidad lo es) ese estímulo para que esta conciencia no quedase eternamente envuelta en el paganismo al que las herejías del Arianismo la arrastraban como naturalmente, por una línea de menor resistencia. Fue preferible, necesaria y natural, la utopía de la unidad de la fe. La previa síntesis, la teoría, el ideal impuesto aún por los rigores de la Inquisición, para sustraerse al eterno paganismo de las razas meridionales, al que ahora regresamos, pero ya con la impunidad de la vejez que cumplió su obra cuando le cupo en suerte.

Para volver al asunto de la educación, creo que era necesario tomar en consideración esas leyes de desarrollo relativo en el tiempo según las potencialidades propias de cada raza, no para favorecer pesimismo sino para orientar el esfuerzo. Pretender que el español actual, dada su situación en el tiempo y su decrepitud de raza que hartó justifican la claridad de visión del gran Costa, reforme su conciencia por los mismos métodos que sirven para hacer brotar la de sus hermanos del Norte es anacrónico. Los Kindergarten de Froebel podrán implantarse aquí, pero dudo que hagan otra cosa que humanizar un poco las condiciones de la vida, sin que produzcan resurgir alguno en la conciencia.

No me atreveré a decir cuál es el sistema preferible; otros más autorizados que yo se esforzarán en hallarlo y harán lo que puedan. Sólo me parece que si el ideal de la escuela inglesa es un jardín, el de la escuela española había de ser un templo. En ambos el Amor tiene que ser Maestro, pero mientras en el primero la luz viva de la conciencia emerge del contacto del alma con la naturaleza exterior, de la expansión, del abandono, del reposo de la tensión voluntaria,

y del estímulo del sentimiento, aquí donde el mundo exterior sólo encierra peligros, donde la naturaleza evoca sensualismo, sólo puede dicha luz ser resultado del roce del alma consigo misma, de la perpetua lucha contra las pasiones, de la continua tensión de la voluntad.

Y ya que en ésta nuestra raza no brotan los ideales de la acción pacífica que sólo tiende a dividimos y fragmentarnos, fuerza le es a la conciencia colectiva que obra por instinto aferrarse al ideal clásico, antiguo; pero ocurre que frente a este ideal insuficiente, la conciencia también se fragmenta y se divide; y ¿quién es capaz de imaginar un método único, nacional, para una conciencia dividida que, cansada de no poder encontrarse, ha perdido hasta la voluntad de buscarse a sí misma? ¿De donde saldrá el apóstol que pide María de Maeztu?

Amor y luz, sí; fe en el porvenir que no puede fallar jamás; pero paciencia, y al tiempo lo que es de él.

Suyo humildemente

Julio Fermaud

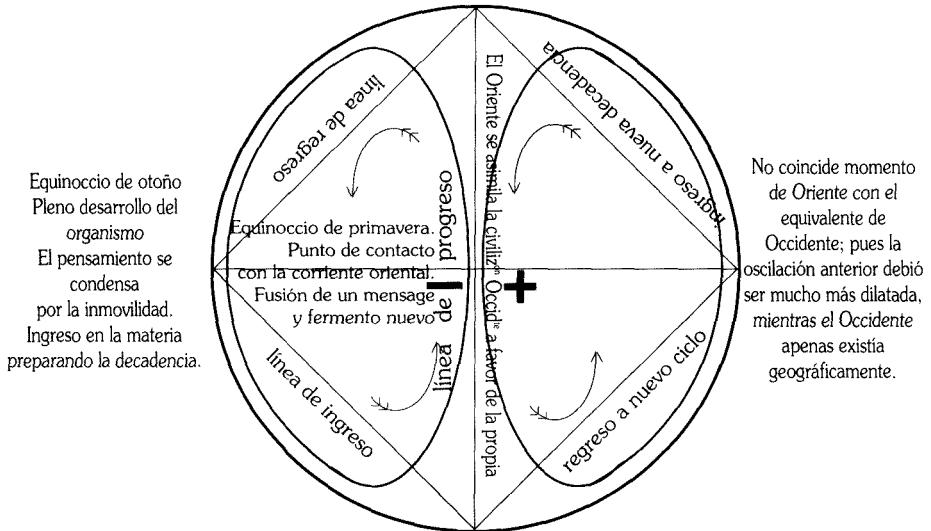
Bilbao, 20 de Marzo de 1909

C. San Francisco 44

ibid., n.3

Diagrama representativo

Solsticio de verano (afelio)
 iniciación del período de Renacimiento.
 el pensamiento nuevo se unifica y envuelve en las formas definidas de un organismo nuevo.
 No pudiendo el pensamiento efectuar el regreso en línea recta al espíritu
 regresa a un nuevo cielo de paganismo.



Solsticio de invierno (perihelio)
 decadencia del organismo antiguo, concepción del organismo nuevo.
 Correspondiendo el nacimiento del Sol, nace el pensamiento nuevo.
 Iniciación del período medioeval; nuevo impulso místico.

Nacido el pensamiento nuevo en ambos extremos de la línea de progreso, al iniciar el Occidente su decadencia y el Oriente su resurgimiento, en movimiento sincrónico, habrá entre ambos contacto en el centro, cuando el Occidente llegue a su mayor grado de negatividad y el Oriente a su mayor grado de positividad, recibiendo el primero la influencia espiritual del segundo. Nótese que las dos corrientes no tienen más que un solo punto de contacto en el que se funden sus espíritus por mutua atracción; el Pacífico, lejos de ser un hilo conductor, ejerce repulsión y es como línea divisoria entre las dos corrientes.

El fermento actualmente vislumbrado no puede ser ya sino el gran mensaje de Oriente con exclusión de todo fermento nacional de cualquier evolución intermediaria, pues las oleadas sucesivas de la gran corriente occidental Grecia, Roma, Atlántico, cada una con su respectivo florecimiento y decadencia, están agotadas, y se trata aquí ya de la gran crisis del mundo cristiano.

Estamos hoy en alguna parte entre el perihelio y el punto de contacto de la doble corriente.

Añadiré que este diagrama que parece representar los dos hemisferios del cerebro del mundo, coincide con la figura del cuadrado o cruz inscrita en el círculo (cruz de solsticios y equinocios) o sea la cruz Svástica cuyas puntas indican la dirección del movimiento (la del Sol), emblema de la Vida manifestada en las teosofías antiguas.

También el punto céntrico donde se cruzan las dos corrientes corresponde singularmente con el sentido astronómico (cruce equinocial superior del plan ecuatorial terrestre y de la eclíptica) y con el correlativo simbolismo de los antiguos misterios nacidos del Mito Solar, que colocan en dicho cruce equinocial de fecha variable el gran sacrificio cósmico del Logos, sin perjuicio de la idea cristiana de la salvación del mundo por la cruz (acaso reflejo del mito antiguo) y de la muerte de Cristo en cruz al primer plenilunio de primavera.

Bilbao, 9 de Marzo de 1909

Julio Fernand Ríus
vuelta
c/ San Francisco, 44

Sigue a la

n. 4

4

Bilbao, 30 de Marzo de 1909

Señor D. Miguel de Unamuno

Querido Maestro,

Aunque acaso hartamente molesto, me atrevo a dirigirle esta tercera y última aclaración de mis comunicaciones anteriores que completarán en cierto modo mi pensamiento.

Si representamos el Infinito Unidad por una recta sin fin para que dicha línea acarree un sentido a nuestra mente, es preciso que en ella fijemos un punto, que será el punto origen de todos nuestros conceptos. Ese punto de valor relativo, esencialmente variable, determina la unidad absoluta en un dualismo de contingencia, separando el doble concepto que revisten todas las cosas, polarizando la vida a un lado el Infinito negativo, a otro lado el Infinito positivo; el punto será cero y establece el tercer valor intermediario, origen de toda triada en la determinación de los conceptos humanos. Así es como el concepto de tiempo se nos presenta como Pasado y Futuro, valores unitarios en sí y sólo dualizados por el punto de contingencia, en sí ficticio, el Presente. En el concepto de Conciencia, entre el Bien y el Mal hay el punto hartamente relativo y evolutivo en lo Indiferente, en el concepto Movimiento, entre Acción y Reacción está el punto de Equilibrio. Esa es la vibración universal que cuanto más se afina más crece en intensidad hasta abarcar idealmente ambos Infinitos en rapidez (destruyendo la ilusión del tiempo) y en extensión (destruyendo la ilusión del espacio), y el punto intermedio se convierte así en Centro Universal, realizando la unión de lo Contingente y lo Absoluto. Del mismo modo en un imán, entre ambos polos está el punto neutro, que es el que la evolución tiende a convertir en centro omnipresente, fundiendo en él la extremada polarización del Universo en progreso.

Según esto podemos figurarnos que las tres potencias del alma de la antigua Escolástica se reducen a un dualismo: Evolución y Voluntad, en su origen Impulso y Resistencia que son los dos polos del imán del alma humana. La potencia intermediaria, Entendimiento, es el punto neutro del imán, es relativo y común a ambos, consecuencia de su ejercicio y condición de su progreso. El Impulso y la Resistencia son originariamente caóticos y bajo el estímulo de la acción exterior crean conflictos; el progreso del Entendimiento desarrolla la acción interior por cuyo estímulo se coordinan y armonizan enfocándose. Desprovisto de entendimiento, el impulso es acción refleja, la resistencia acción ciega, ambas sin finalidad; con el entendimiento ambas fuerzas son dirigidas hacia un fin, son creadoras de carácter y de conocimiento.

Impulso y Resistencia son pues los grados inferiores de las facultades emotiva y voluntaria. A medida que éstas son fecundadas por el Entendimiento, se convierten respectivamente el Impulso en Sentimiento y la Resistencia en

Selección. Desde que un cuerpo es suficientemente organizado para oponerse a la acción de otro cuerpo o fuerza posee el germen de la Emoción, el impulso o reflejo, y el germen de la Voluntad, la Resistencia. Una simiente, un feto, combinación orgánica de varios elementos de substancia vital, puede oponer muy poca resistencia a las fuerzas oponentes, sin embargo posee los gérmenes de la Emoción y de la Voluntad, pues en cierto grado es capaz de resistir a la acción disolvente de las fuerzas de la Naturaleza. Así mantiene su existencia, y combinándose por la fuerza del organismo con otros elementos de vida, entra en posesión del desarrollo de sus facultades embrionarias bajo la forma de Sentimiento inteligente y selección inteligente. Así pues, la Inteligencia, considerada por la Escolástica como la tercera facultad intermediaria, es no ya facultad fundamental innata en el embrión sino resultado o función de la vida y de su contacto con el mundo exterior, a la par que condición de su orientación y de su progreso. Como el punto neutro del imán, ella es latente, pues operando por la reflexión crea fuerzas interiores que mantienen el equilibrio entre los extremos, suavizando la fricción demasiado irritante de la naturaleza exterior. El imán bajo el estímulo de la acción exterior, modifica la intensidad relativa de sus polos, y el punto neutro va y viene restableciendo el equilibrio; así bajo el estímulo del mundo exterior, la vida que fluctúa y vibra entre la Emoción y la Voluntad, altera constantemente la posición relativa de sus polos, cuyo equilibrio se restablece por la reflexión.

Siendo así, pueden explicarse hasta cierto punto los detalles de nuestra evolución relativa. Mientras la corriente de civilización mundial sigue su camino de Oriente a Poniente, dejando atrás las unidades que en su tiempo le sirvieron de vehículo, éstas siguen moviéndose en corrientes secundarias, esperando el regreso de la gran corriente. Así la corriente continental o europea obedece a la ley de su movimiento circular actuando ahora en los países del Norte. Y la corriente nacional peninsular sigue también su progreso natural. Al contacto en esta península de la doble corriente cristiana e islámica, la gran corriente mundial extremó y agotó su producción: la corriente cristiana fue la piedra, la corriente islámica el eslabón, y la gran corriente fue la mecha que se encendió y se propagó a las Américas. De esa luminosa chispa resultó una influencia preponderante que se extendió por Europa y que se dio a conocer no sólo por la supremacía de las armas sino también por la cultura, literatura, artes, industrias. Esta no pasó del Siglo XVI, y desde que se inició el Siglo XVII, el gran siglo de Francia, hasta hoy, sufre España en la literatura y las artes la influencia francesa, a pesar de todas las resistencias nacionales. ¿No es ésta una explicación suficiente?

En un imán, si se agota la fuerza de un polo, se extiende la zona de influencia del punto neutro, hasta que se afirma el polo opuesto alterando la zona neutral y estableciendo un nuevo equilibrio. La zona neutral es refractaria a toda polarización extremada, oscila levemente entre los extremos. Dígalo, en el imán del organismo político occidental, el espíritu francés siempre escéptico e incapaz de afirmaciones definitivas, donde jamás pudo imperar la unidad de la fe (previa síntesis, imposición colectiva), a pesar del establecimiento de la Inquisición, que quedó ineficaz, no más que la individualización del dogma religioso que como en Inglaterra resultó de la libre interpretación de los textos (previo análisis, libertad individual) y donde Calvin, sacudida la unidad romana, caía de

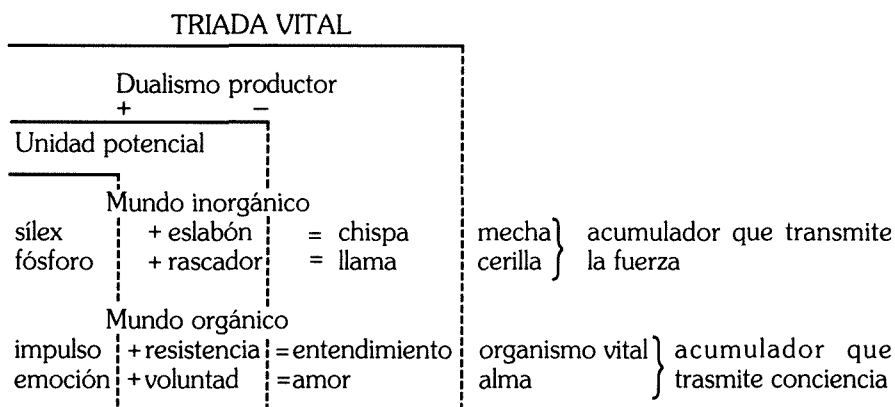
bruces en el dogma de la predestinación. Con la influencia francesa, el polo sur del imán peninsular ha perdido su fuerza y hay tendencia a que se afirme el otro polo, el polo Voluntad, pero mientras se mueve lánguidamente en la zona neutral abúlica de la influencia extranjera, sólo despunta de la Voluntad el germen, la Resistencia. Y ¿qué mayor ejemplo de ella que la desesperada protesta de Menéndez Pelayo contra la influencia francesa que trata en vano de desconocer? No obstante la influencia extranjera aporta, a pesar suyo, a ese germen resistivo de la Voluntad, el elemento de desarrollo inteligente de donde saldrá la posibilidad de una nueva afirmación de sí mismo por medio del poder de Selección, último grado de la Voluntad entendida y consciente. Pero esa influencia extranjera es disolvente; como no procede de la gran corriente directa y fecundadora del Sol, sino que es refluo de una corriente rezagada, no opera directamente sobre el corazón del organismo peninsular, corazón que ya no late (y de ello es prueba la predominancia de los intereses particulares sobre el interés general), sino esporádicamente sobre los nuevos organismos nacientes de la periferia. Hoy se puede hablar de la evolución de Bilbao, de la evolución de Barcelona, pero la evolución de España es una palabra vacía de sentido.

No me extiende más y mucho me temo haber abusado de su paciencia. No sé si he dicho algo digno de detener su atención. Cada cual se cree que su pensamiento es bueno, siendo sincero. Por esto último únicamente se lo entrego a Vd.; si no vale, quédese en su propia sombra. Ya sabe Vd. que yo no escribo para los periódicos.

Suyo siempre y de veras

Julio Fermaud

ibid., n. 6



En el sílex está en potencia la chispa.

En el fósforo está en potencia la llama.

En el impulso está en potencia la fuerza expansiva origen del entendimiento.

En la emoción está en potencia la fuerza intensiva origen del amor.

Del *impulso* del macho (fuerza positiva) y de la resistencia de la *hembra* (fuerza negativa) nace el conocimiento exterior, el fruto del árbol de la Vida, la unión sexual que trasmite la conciencia a un organismo nuevo.

De la *emoción* productora y de la *voluntad* conservadora nace el conocimiento interior, la autoconciencia, el amor impersonal que trasmite la conciencia al Universo.

Ahí se reduce la triada al dualismo y el dualismo a la unidad.

Así se explica cómo fue naturalmente España la encargada de transmitir al Occidente la corriente de conciencia que heredó del Oriente.

Julio Fermaud

Bilbao, 31/3/1909

Ib., n. 6 (2)